

FACULTAD DE TEOLOGÍA PONTIFICIA Y CIVIL DE LIMA



LA FELICIDAD EN SANTO TOMÁS DE AQUINO

La felicidad y falsas felicidades en la I-II de la Suma Teológica

Alumno: Joseph Martin Jara Arroyo

Fecha de entrega: 06 de Diciembre 2018

A mis padres y amigos en Cristo

INTRODUCCIÓN

En medio de tantos aportes sobre la antropología, uno de los más desarrollados en Santo Tomás de Aquino es la felicidad del ser humano. Hoy en día esta *felicitas* puede ser un concepto relativo; por ende, veremos qué tan vigente es el aporte tomasiano para nuestra sociedad actual y sobre todo para nuestra realización personal.

De antemano es importante aclarar que el Doctor Angélico cuando habla de *bienaventuranza* o *beatitud* se refiere a la felicidad del hombre en la visión beatífica (ver a Dios cara a cara) en el cielo. No obstante, esta felicidad se trata de una realidad en tensión, la búsqueda de un bien perfecto, que ciertamente se puede experimentar de manera incoada en este mundo. Asimismo es necesario identificar el *beatitudo* que el corazón humano busca, tal es así, que no se trata de una felicidad teórica (gnóstica), sino de una que integre todo el ser humano (afecto, voluntad, razón y corporalidad).

El objetivo del presente trabajo es analizar, sintetizar y discernir la verdadera felicidad con las falsas felicidades. Así pues, se podrá verificar la no satisfacción del corazón sobre el dinero, riquezas, honor, fama, placer y que por el contrario, habrá una realidad que sí cumple con dicha tensión antropológica de infinitud.

CAPÍTULO I

EL CONCEPTO DE FELICIDAD

La felicidad en el Doctor Angélico es una realidad que se puede entender de dos maneras: deseo y posesión (Sth, I-II, q.3, a. 1) o también de dos tipos: perfecta e imperfecta (Sth, I-II, q.3, a.6).

Cuando se refiere al deseo, tiene que ver con la necesidad que todo hombre tiene en lo más profundo de su ser en la presente vida, una realidad en tensión, una búsqueda que solo se puede saciar en el *telos* último. En tal sentido, esta felicidad es imperfecta y una realidad inherente del alma. Por otro lado, es una realidad externa, ya que su plena realización se encuentra fuera de ella. En otras palabras: la felicidad en tanto deseo, se goza en este mundo; pero en cuanto acto pleno, se goza en el cielo.

1. La felicidad en la realidad temporal del hombre

Cuando los teólogos sostienen que la bienaventuranza consiste formalmente en un acto de la inteligencia, hacen también una afirmación de carácter antropológico referida a la vida temporal: también en esta vida temporal la felicidad está ligada al conocimiento. Pero ¿Qué clase de conocimiento? Se trata (...) de la llamada contemplación, una forma de conocer que no tiende hacia su objeto, sino que reposa en él.¹

Es preciso afirmar, desde una mirada antropológica, que la felicidad es un acto cognoscitivo pero relacionado a la voluntad y afecto. Es decir, toda la persona humana es feliz durante su estancia terrenal, pero el intelecto es el encargado de hacer juicio sobre

¹ J. CABODEVILLA, *Feria de Utopías. Estudio sobre la felicidad humana*, 265

la felicidad propiamente dicha. Es decir, la felicidad comprende toda la persona humana, no basta querer y sentirse feliz sino caer en la cuenta de que se es feliz.

Muchas veces el hombre en su historia ha querido y querrá reposar el deseo de su corazón en algún bien creado. Sin embargo, siempre ha obtenido la decepción porque dicha intención no ha sido satisfecha. En esta línea, es importante remarcar lo que desea realmente el hombre: “la bienaventuranza es el bien perfecto que calma totalmente el apetito” (Sth, I-II, q.3, a.8).

Estas palabras serán la bisagra para el análisis de este trabajo: se trata de la felicidad como deseo de un bien perfecto (que no haga daño al mismo hombre) pero que el descanso de dicho deseo se dará en una realidad trascendente.

Dicha postulación tomasiana, siguiendo el sentir de la Iglesia y con una mención especial en San Agustín, es el principio arquitectónico para contrarrestar las falsas teorías de felicidad que el hombre ha fabricado desde toda su historia y con una grave preocupación en nuestro mundo actual.

Afirmar que la felicidad no descansa en algún bien creado, significa que no puede reposar sobre criaturas llámense: hombres, animales, plantas, amor propio, dinero, bienes materiales, etc. Se trata más bien, de un bien increado. Sobre esta afirmación volveremos más tarde. Prosigue nuestro autor: «Porque en Dios la bienaventuranza es por esencia, porque su mismo ser es su operación, con la que sólo disfruta de sí mismo» (Sth I-II, q.3, a.2)

Cuando el Aquinate postula que la felicidad no se encuentra en un bien creado sino increado, más aún, en Dios mismo, no se trata de un salto gigante o salvavidas como se podría deducir, sino de un recorrido experiencial de la misma relación con su Creador y Redentor. Es decir, la felicidad para el santo es participar de Dios mismo, por pura misericordia y gratuidad divinas, así lo ve Marcos Fernández:

La naturaleza humana no puede darnos el poder para llegar «directamente» a la unión real con Dios (en la que consiste nuestra felicidad). Pero nos da un intelecto capaz de conocer a Dios, y una voluntad capaz de amarlo; y con esas facultades podemos «convertirnos» a Dios y pedirle que nos conceda dicha felicidad.²

2. La felicidad y falsas felicidades

² M. FERNÁNDEZ, *La felicidad según el Tostado*, 41-76

A continuación, se dará a conocer las experiencias humanas de felicidad pero que acabará en desazón por ser en el fondo experiencias de pseudo-felicidad:

2.1 Riquezas

El hombre desde siempre ha pensado que teniendo oro, plata o dinero puede conquistar el mundo y ser dominador absoluto de la tierra. Sin embargo, se puede constatar lo contrario en el caso emblemático del joven rico.

Recordemos un poco: «Se le acerca a Jesús un muchacho con la intención de saber qué es lo que tenía que hacer para tener vida eterna... Jesús le dijo: sígueme. Pero él se fue entristecido porque era muy rico» (Mt 19, 16-22). Aquí se puede contemplar la insatisfacción antropológica del personaje que siendo muy rico, como relata el evangelista, busca algo más grande, no le basta concentrar todos las riquezas, su corazón va en búsqueda de una realidad superlativa por eso va y formula la pregunta a Jesús. Es una necesidad tan grande, que poseyendo todos los bienes del mundo no podrá saciar el *fames* humano de felicidad.

Lo curioso en el personaje es lo siguiente: se acerca a Aquel que sí puede calmar dicha sed. Como la samaritana, el joven rico va a la Fuente de Agua Viva, Jesucristo, que sacia todo deseo, pero no está atento para reconocerlo, su corazón se encuentra embotado por sus bienes y estos acabaron empachándolo y quitándole el estupor por la novedad que trae dicha Fuente. Al respecto el Doctor Angélico asevera:

Es imposible que la bienaventuranza del hombre consista en las riquezas. Hay dos clases de riquezas, como señala el Filósofo en I Polit., las naturales y las artificiales. Las riquezas naturales sirven para subsanar las debilidades de la naturaleza (...) Por su parte, las riquezas artificiales, como el dinero, por sí mismas, no satisfacen a la naturaleza, sino que las inventó el hombre para facilitar el intercambio, para que sean de algún modo la medida de las cosas venales.³

Cabe resaltar la especificidad que nuestro autor manifiesta sobre las riquezas. Se trata pues de un uso humano y medible de las mismas. Por un lado, las riquezas naturales (comida o bebida) tienen el objetivo de satisfacer la necesidad para sobrevivir; por otro,

³ TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, I-II, q.2, a. 1

las riquezas artificiales (dinero o plata) sirven para intercambiar bienes materiales o realizar negocios. Aunque parezca obvio, no está de más insistir en ello. No se trata de absolutizar el dinero, sino de usarlo como medio y nunca como fin. De esta manera, se le dará una consideración justa a dicha realidad material y se despojará de una falsa felicidad.

2.2 Fama o gloria

Un segundo supuesto de felicidad es la fama: esta siempre ha seducido al hombre como una satisfacción del yo personal. Respecto a ello, nuestro autor postula:

Es imposible que la bienaventuranza del hombre consista en la fama o gloria humana (...) Ahora bien, el conocimiento de una cosa es distinto en Dios y en el hombre, pues el conocimiento humano es producido por las cosas conocidas, mientras que el conocimiento divino las produce.⁴

El Aquinate asevera que la felicidad humana no se encuentra en la gloria efímera. Pensar lo contrario sería una pretensión: puesto que el hombre puede conocer las distintas realidades de este mundo. Sin embargo, nuestro autor, afirma que existe un conocimiento mayor, aquel que produce dichas realidades cognoscibles por el hombre. En otras palabras, el conocimiento del hombre es posible porque el conocimiento de Dios lo permite.

Por ende, como infiere S. Pablo: «El que se gloríe, gloríese en el Señor. Que no es hombre de probada virtud el que a sí mismo se recomienda, sino aquel a quien el Señor recomienda» (2 Cor 10,17-18). O como dice el profeta: «¿Quién ha medido el aliento del Señor? ¿Quién le ha sugerido su proyecto? ¿Con quién se aconsejó para entenderlo, para que le enseñara el camino exacto, para que le enseñara el saber y le sugiriese el método inteligente?» (Is 40,13-14). Se trata pues, que el hombre sea humilde ante los ojos de Dios para adquirir el verdadero *beatitudo*:

Solo la sumisión del yo a lo superior a él puede curar la desesperación, porque esa humildad quita al alma su soberbia y la insistencia en juzgarse a sí misma y deja puesto al

⁴ *Ibíd.* a. 3

influjo de la verdad y el amor divinos (...) El odio a sí mismo es, al fin, exaltación del propio yo como definitivo y adusto juez.⁵

2.3 Poder

Un tercer supuesto de felicidad es el poder. Y el autor de la *Suma contra Gentiles* hace notar:

Es imposible que la bienaventuranza consista en el poder, por dos razones. La primera, porque el poder tiene razón de principio, como se ve en V Metaphys., mientras que la bienaventuranza la tiene de fin último. La segunda, porque el poder vale indistintamente para el bien y para el mal; en cambio, la bienaventuranza es el bien propio y perfecto del hombre.⁶

Para el doctor angélico, es claro que la felicidad no está en el poder por dos razones: por un lado, porque es un medio que el hombre usa en este mundo para su bienestar personal o social; y por otro, porque el uso del poder puede ser bueno o malo según su finalidad. En definitiva, si el hombre tiene la posibilidad de un determinado cargo o poder, es necesario que sea para el servicio de los demás y no para gloria de sí mismo:

Una vez que el yo se considera absoluto, todas las demás personas, hechos y cosas se juzgan como medios para la satisfacción de ese yo. En la juventud el ego desea la satisfacción de la carne, sin respetar personalidad alguna. En la madurez se desea el poder y en la vejez, con frecuencia, esa ansia se convierte en avaricia y deseo de seguridad.⁷

La etapa del hombre donde más se ambiciona el poder es en la madurez, según anota Sheen. Es importante identificar este problema para luego trabajarlo y no caer en un despotismo a ultranza como se suele ver en la actualidad. Del mismo modo lo entiende Copleston:

Tampoco el poder puede ser el bien supremo para el hombre, pues sería absurdo hablar de supremo bien como de algo que es capaz de abuso y que se presta al cumplimiento de propósitos perversos y despreciables. Y es evidente que el poder puede ser usado para servir a buenos o malos propósitos.⁸

⁵ F. SHEEN, *El camino de la felicidad*, 20

⁶ TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*. I-II, q.2, a. 4

⁷ F. SHEEN, *ibíd*, 30

⁸ F. COPLESTON, *El pensamiento de santo Tomás de Aquino*, 224

Así pues, el bien supremo se identifica con la felicidad que el hombre alcanza como fin último pero que de alguna manera se puede pregonar en la vida presente. En este sentido, se trata de identificar si el hombre es feliz de verdad teniendo un poder absoluto sobre la sociedad. En efecto se puede verificar que no. Más bien, el hombre cuando pretende ello, se entristece. Este es consciente que su felicidad implica hacer buen uso del poder: servir y no atropellar o menospreciar a los demás:

Tampoco el poder o el dominio temporal pueden hacer felices a los hombres. Ese poder es algo potencial (nunca totalmente actual y perfecto) y es siempre relativo y extrínseco. Además, lo detentan muchas veces personas indignas, que suelen abusar del mismo para cometer graves injusticias contra los súbditos.⁹

Como afirma Melendo: «el hombre puede y debe advertir que lo más digno de ser amado no es El, sino Dios». Esta frase es clave hermenéutica para entender el *ordo amoris* humano y una justa consideración dentro de la vida humana. Solo si el hombre está abierto al amor de Dios y está dispuesto a corresponderlo, su amor estará ordenado para consigo mismo y para con los demás.

2.4 Placer

Un cuarto supuesto de felicidad es el placer, al respecto el Aquinate afirma:

Las delectaciones corporales, por ser las que conoce más gente, acaparan el nombre de placeres, como se dice en VII Ethic., aunque hay delectaciones mejores. Pero tampoco en éstas consiste propiamente la bienaventuranza, porque en todas las cosas hay que distinguir lo que pertenece a su esencia y lo que es su accidente propio; así, en el hombre, es distinto ser animal racional que ser risible. Según esto, hay que considerar que toda delectación es un accidente propio que acompaña a la bienaventuranza o a alguna parte de ella, porque se siente delectación cuando se tiene un bien que es conveniente, sea este bien real, esperado o al menos recordado.¹⁰

Nuestro autor escolástico hace la distinción entre placeres inferiores y superiores. Los primeros referidos al cuerpo y los segundos al alma. Ahora bien, un placer sea corporal o espiritual en este mundo no puede tener razón de felicidad. No obstante, se podría hablar de una felicidad parcializada, una felicidad en búsqueda de su plenitud. Así pues, es distinto tener satisfacción por comer o beber y tener satisfacción por encontrarse

⁹ M. FERNÁNDEZ, *ibíd*, 41-76

¹⁰ TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, I-II, q.2, a. 6

después de mucho tiempo con un viejo amigo. Es evidente que en el segundo caso hay una felicidad mayor a diferencia del primero.

Para las personas que piensan que la felicidad se encuentra en los placeres desordenados, Juan Canal asegura que no está en el dinero, poder, fama, ni mucho menos en el placer, se trata de una falsa ilusión, aunque el corazón busque felicidad, muchas veces lo que va a buscar son placeres desordenados como gula o lujuria:

Pero tampoco radica en el placer. Por ello, quienes buscan la dicha en la satisfacción de los deseos, pueden encontrar bienestar pasajero, mas no felicidad. Si eliges el placer ya has elegido el sufrimiento: todo placer (venéreo) acaba en dolor. El sufrimiento es la parte inevitable del placer, el coletazo final. No puedes escapar de él. La búsqueda del placer.¹¹

Queda claro que cuando se busca la mera satisfacción de los sentidos, terminará siendo una búsqueda inconsciente del sufrimiento. Esto se puede verificar en la experiencia de la vida: cuando se cree buscar la felicidad en el placer, el hombre termina encontrando sufrimiento.

En cambio, hay un placer que en vez de ocasionar sufrimiento, genera felicidad plena. Me refiero al encuentro con el Señor Jesucristo. Un encuentro personal, de un Tú con un yo, donde toda mi humanidad se encuentra con su humanidad. Esta última nos hace felices de verdad, sin lugar al engaño o a la duda. El doctor angélico afirma en la tercera parte de la *Suma Teológica* que es por medio de su humanidad que Cristo nos salva y nos lleva a la felicidad:

Y los hombres son conducidos al fin de la bienaventuranza por medio de la humanidad de Cristo (...) Y por eso fue conveniente que el conocimiento consistente en la visión de Dios estuviese presente en Cristo hombre de modo excelentísimo, porque siempre es necesario que la causa sea mejor que el efecto.¹²

No cabe duda, que Cristo se hizo carne para salvarnos por medio de su divinidad pero también por medio de su carnalidad. Esta verdad es clave hermenéutica para comprender una auténtica soteriología. Es una salvación que nos hace felices. Es una felicidad que nos salva. Es una felicidad salvadora que nació en la humildad de un pesebre:

Cuando hace dos mil años María dio luz en Belén: he aquí el paraíso. La felicidad que deja de ser promesa, una expectativa, una esperanza, que ya no se vislumbra a lo lejos. La

¹¹ J. CANAL, *La búsqueda de la felicidad*, 24-26

¹² TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, III, q.9, a.2

felicidad hecha carne estaba presente. Era visible (...), el sumo placer había salido Él mismo al encuentro del hombre: he aquí el paraíso.¹³

2.5 Moralismo

Muchas veces se ha pensado que tener una moral alta significa ser feliz, hemos visto más arriba, los supuestos indicios de felicidad: dinero, honor, fama, placer, poder. Asimismo una quinta tentativa de felicidad, el más común en los cristianos, es de un cerrado pensamiento moralizante. Es decir, se piensa por lo general que la felicidad es únicamente hacer cosas moralmente buenas.

La felicidad no depende únicamente de la moral, son dos realidades distintas que llegan a unirse cuando ambas tienen a Cristo como eje, motivación y dirección. Así lo entiende Larrañeta:

La moral no cumple sus promesas de felicidad, ya sea porque se da por inalcanzable y la retrotrae a un más allá inverificable, ya sea porque no satisface en el grado deseado las aspiraciones del hombre concreto. Es esta la crítica más común que se dirige a la moral de fundamento religioso y de signo escatológico, incluso por parte de los mismos que la profesan (...) La felicidad y la bondad moral están infinitamente lejanas una de otra.¹⁴

El asunto es más complicado cuando en nombre de Dios, las religiones reducen la felicidad a normativas o preceptos. Entonces el hombre termina odiando a Dios y también a toda regla moral, así lo sigue avalando Larrañeta:

Tan es así, tan agudas son algunas situaciones de infelicidad, que a la moral se la considera inútil o perjudicial. ¿Puede tener algún sentido verdadero –se dicen muchos- la felicidad predicada por la moral en una situación de opresión, de tortura, de pisoteamiento sistemático de toda dignidad humana?¹⁵

Es de suma importancia comprender que la felicidad es un regalo, don recibido, donde radica no en los méritos propios sino en los divinos. La experiencia nos dice que cuando hacemos las cosas de modo autosuficiente terminamos tristes porque no todo depende de nosotros. Así lo entiende Rossi comentando al Aquinate:

¹³ G. TANTARDINI, *La humanidad de Cristo es nuestra felicidad*, 9-10

¹⁴ R. LARRAÑETA, *Una moral de felicidad*, 186

¹⁵ *Ibíd*

Mas si para definir los criterios operativos no basta el fin último, es este el que da consistencia a la reflexión y hace posible la comunicación... En santo Tomás, es fundamento último de la moral la tensión hacia la *beatitudo perfecta* en la visión de Dios, anticipada en esta vida en la beatitudo imperfecta de quienes, en la contemplación y la práctica de la virtud, están en camino hacia el fin último.¹⁶

2.6 Sufrimiento

Un sexto supuesto de felicidad es el sufrimiento. En este punto se puede diferir el sufrimiento bajo dos formas: como masoquismo y como realidad humana necesaria para ser feliz.

El primero se refiere a un *sufrimiento malo* (masoquismo), un gusto que tiene el hombre para dañarse a sí mismo o a los demás. Nunca puede haber felicidad cuando se rechaza la dignidad propia o la del prójimo. En todo caso, no debería llamarse felicidad sino problema patológico.

Mismo sucede cuando se rechaza a Dios. Es decir, el pecado tampoco tiene lugar en la felicidad, sino al sufrimiento, quien diga que es feliz cuando rechaza a Dios o al prójimo, miente. Bajo esta visión sobrenatural, Bonnin afirma:

Además de la felicidad sobrenatural de esta vida, es posible también una felicidad natural. Pues puede darse en el orden natural un acto que merezca el nombre de felicidad. De hecho tal felicidad existe en algunos y no es destruida por la felicidad sobrenatural. Aunque la felicidad natural se ordena a la sobrenatural, no por ello pierde su razón de ser. Tampoco puede esta felicidad natural coexistir con el pecado mortal.¹⁷

El segundo se refiere a un *sufrimiento bueno* esa realidad que ayuda a la madurez personal. Un sufrimiento que es necesario considerar para aprender de los errores, para crecer en la vida, y que sin él no se podría madurar.

En nuestros días, es inadmisibile el binomio felicidad-sufrimiento. Y esto sucede por el gran oleaje de hedonismo que nuestra cultura presenta. Últimamente se cree que la felicidad es un “jardín de rosas” exento de fatigas y de sufrimiento. Cada vez más se busca el *confort* y el mínimo esfuerzo, en este sentido, el sufrimiento es una realidad que el hombre debe redescubrir para obtener una auténtica felicidad.

¹⁶ G. ROSSI, *Moral de la felicidad*, 266-276

¹⁷ F. BONNIN, *El constitutivo de la felicidad según Sto. Tomás, S. Buenav. y F. Suárez*, 63-85

Así pues, para entender bien este binomio felicidad-sufrimiento, es preciso recordar las bienaventuranzas. Estas realidades de pobreza, hambre, llanto, persecución que Cristo propone como vías para la felicidad y por ende para alcanzar el cielo. En otras palabras, para llegar a ser felices plenamente en el cielo, es necesario pasar por una purificación interior sobre todo en las renunciaciones, mortificaciones, abnegaciones diarias. Asimismo, este espíritu de renuncia debe ser la motivación de cada una de nuestras acciones.

Por ello, la felicidad por un lado deberá ser motor para todas nuestras acciones y por otro, para obtener la plena felicidad en el futuro:

La felicidad viene a ser como el horizonte de cada día: horizonte siempre previsto, porque no podemos hacer nada sin que de un modo u otro busquemos nuestra felicidad, y horizonte siempre huidizo, aplazado para el día siguiente, porque no podríamos seguir haciendo nada sin seguir buscando nuestra felicidad. Vivimos en futuro.¹⁸

La felicidad es la meta final de la praxis de las bienaventuranzas. Pero esta praxis no es un mero cumplimiento, sino una disposición consciente de que se hace por amor a Dios y al prójimo. Es necesario advertir porqué hacemos las cosas. La felicidad en este sentido será auténtica porque el corazón y la razón se ven unidas. El hombre sabe que practicando el sermón de la montaña es el camino para ser feliz. Es una doctrina segura para ser feliz. Esta doctrina en realidad es seguimiento de la Persona de Cristo. El único que hace feliz al corazón humano, el “*Dios con nosotros*”.

3. La felicidad en la realidad final del hombre

La dimensión teleológica de la felicidad, es decir, la felicidad vista desde la meta final trascendente del hombre es el aspecto más reiterativo en el presente trabajo. Puesto que, la ideología de la sociedad actual es mostrar una felicidad meramente inmanente y no tener presente la vida futura:

La cuestión de cuál es el bien supremo o último fin del hombre, es una cuestión real en vista del hecho empírico de que las diferentes personas tienen distintas ideas acerca de lo que este bien es. Todo ser humano anhela la realización de lo que en él está en potencia, desea la posesión de un bien que satisfaga la voluntad, desea la felicidad.¹⁹

¹⁸ J. CABODEVILLA, *Las formas de felicidad son ocho. Coment. a las bienav.*, 319

¹⁹ F. COPLESTON, *El pensamiento de santo Tomás de Aquino*, 223

Después de haber visto más arriba todas las posibilidades utópicas de felicidad podemos tener una primera aproximación conclusiva:

Ahora bien, la propia experiencia de cada cual, su paso a través, de las seis provincias de Utopía, confirma eso que teóricamente podría formularse así: cómo un bien infinito no puede saciar un deseo infinito. Tan concluyente parece a algunos autores este argumento, que le han dado el nombre de “sexta vía”, agregada a los cinco grandes argumentos de la tradición.²⁰

Se trata de reconocer honestamente que la felicidad humana es una realidad insaciable por lo menos en este mundo. A mi juicio, el deseo infinito de felicidad es la vía más antropológica y fácil de llegar a Dios. Así lo entendió Manser:

Todo anhelo natural supone la existencia real de lo anhelado, es decir, de su fin. Ahora bien, el hombre siente por necesidad natural el anhelo hacia Dios, su dicha y su fin. Luego existe Dios.²¹

La felicidad es un anhelo natural de una realidad anhelada, que no se puede saciar en este mundo. Es una realidad creadora, causa y fin de todo y de todos. Así lo concibe el Aquinate con respecto a la felicidad eterna: «Porque la bienaventuranza es la perfección última del hombre. Pero algo es perfecto en tanto está en acto, pues la potencia sin acto es imperfecta. Es preciso, por eso, que la bienaventuranza consista en el acto último del hombre» (Sth, I-II, q.3, a. 2)

No hay que pasar por alto la importancia de la *felicitas* como realidad trascendente, donde su pleno cumplimiento se dará en el mundo venidero. La felicidad es una satisfacción de lo que se tiene y de lo que se desea tener.

Por otro lado, la felicidad es un don divino que el hombre recibe en Cristo bajo la acción del Espíritu Santo. Esta característica fundamental de la felicidad es necesario tenerla siempre presente:

Desde el sentido de la afirmación de que uno no forja su propia felicidad, hasta la consideración de la gratitud por lo que nos viene dado como elemento indispensable para ser dichosos (...) conforma un modo muy preciso y concreto de concebir el universo y la situación del hombre en él.²²

²⁰ J. CABODEVILLA, *Feria de Utopías. Estudio sobre la felicidad humana*, 257

²¹ G. MANSER, *La esencia del tomismo*, 419-448

²² T. MELENDO, *Felicidad y autoestima*, 34

Aquí las palabras del filósofo español encajan perfectamente para contemplar la dimensión gratuita de la felicidad. El simple hecho de ser feliz es un regalo de Dios. Es una gracia que debemos agradecer y pedir cuando veamos que se aleja de nuestro ser. Lamentablemente, hoy se ha perdido esta dimensión gratuita de la felicidad que hunde sus raíces en el siglo de las luces:

En general, según la perspectiva de la Ilustración, la felicidad no es ya un don de Dios ni un capricho del destino, ni tampoco una recompensa por una conducta buena, sino un atributo y un derecho humano natural al alcance de cualquier hombre y mujer, que había que perseguir y alcanzar en el aquí y ahora.²³

Así pues, en esta época el hombre pretende autodeterminar su felicidad, se pierde la visión de gracia divina, y la razón tiene un rol más preponderante. Ella se encargará en adelante en determinar la felicidad para el mismo hombre. Consecuencia de ello es el actual relativismo a ultranza. La pérdida de la mirada trascendente ocasionará la expulsión de Dios en la vida humana:

Al perder esa visión teologal, Dios queda fuera de los proyectos de los hombres, y el desarrollo económico polariza todos sus afanes. Riquezas, poder, goce inmediato y seguridad insolidaria son valores que determinan la marcha de nuestra sociedad internacional y también el ritmo interno de cada país.²⁴

Se ve pues como el ateísmo acaba por dañar completamente al hombre. Hace que este ya no lo considere para ninguna obra suya, peor aún, hace que ya no crea en su existencia. Lo más nocivo para la humanidad es cambiar a Dios por las criaturas o depositar su deseo religioso en ellas. En definitiva, caer en idolatría.

3.1 Causa primera de la felicidad

Generalmente se ve a Dios como causa final de la felicidad humana, pero no hay que olvidar que Dios también es causa primera de la misma, es decir, el deseo de felicidad es suscitada por Dios desde la concepción de cada ser humano. Esta es la dimensión primigenia de la felicidad. En este sentido, Dios es causa primera y causa final de la felicidad humana:

Pues conocer la Causa primera en su esencia o sin intermedio de ninguna otra cosa es conocer la Causa primera de otro modo que como Causa primera, o cesando de alcanzarla

²³ I. DÍEZ, *Sobre la eudemonía o felicidad humana*, 353-380

²⁴ J. ESPEJA, «P. Ramírez. *La búsqueda de Dios*», 369-380

por el medio mismo con el que la alcanzamos, cesando de ejercer el acto mismo que nos lleva hasta ella.²⁵

El reconocido Maritain afirma implícitamente que Dios es Causa primera de todo deseo. Asimismo este deseo divino presente en el hombre es el mismo anhelo de felicidad. Todo el corazón del hombre y sus respectivos actos tienden a la felicidad, así lo concibe Manzanedo:

Todos los actos humanos se ordenan a la felicidad, aunque no todas nuestras acciones impliquen el pensamiento y el deseo actual de la misma. Pero el deseo de ser feliz se contiene virtualmente en todos los actos humanos, como la causa se contiene en sus efectos.²⁶

Este teólogo español siguiendo la línea de santo Tomás de Aquino, quiere significar que la felicidad es el principio de todas nuestras acciones. Es decir, en cierta manera la misma felicidad es la causa de nuestro deseo de ser feliz. Siguiendo al autor de la *Suma contra Gentiles*, se puede identificar a la Felicidad como a Dios Mismo.

Para el Aquinate, es importante el postulado de Dios como causa primera de la felicidad humana. El hombre “sale” de Dios y regresa a Dios (exitus-reditus). Solo desde una antropología cristiana, se puede entender el origen divino del deseo de felicidad que tiene el hombre desde su concepción. En este sentido, manifiesta Díez del Río:

Trasvasando las formulaciones aristotélicas a las categorías cristianas, santo Tomás sostendrá que Dios es la causa primera de todos los seres del universo, incluido el hombre, y que todos los seres están orientados, en conformidad con su propia naturaleza, a su última perfección, es decir, a Dios, causa primera y fin último de la creación.²⁷

En esta línea, podemos decir que el primer interesado para que el hombre sea feliz es Dios mismo. No se trata que Dios crea al hombre y se desinteresa de él (como manifiesta el deísmo) sino que es Buscador de la felicidad de cada hijo suyo y en este sentido la facilita a través de Cristo y su Iglesia. Así lo postula Espeja:

Dios amor gratuito que está siempre activo acompañando y promoviendo a la creación, nos hace sentir esa cercanía benevolente, y nos vemos transformados por el amor que tiende a la comunión con Él y con su proyecto de salvación; (...) Santo Tomás emplea este axioma para explicar la conveniencia de la Encarnación.²⁸

²⁵ J. MARITAIN, *Búsqueda de Dios*, 93-94

²⁶ M. MANZANEDO, *La felicidad humana*, 411-433

²⁷ I. DÍEZ, *Sobre la eudemonía o felicidad humana*, 353-380

²⁸ J. ESPEJA, «P. Ramírez. En la búsqueda de Dios», 369-380

Es el amor gratuito de Dios desde la creación hasta su consumación, la causa primera para la bienaventuranza humana, esta dimensión providencial de la felicidad está presente en el libro del Génesis en la creación del universo:

La fuente primera de felicidad que propone la fe cristiana se refiere a la doctrina de la creación del mundo y del hombre, tal y como nos la presenta la revelación bíblica. Doctrina fundamental para percibir la existencia del mundo como felicidad y para llenar nuestra vida de gozo.²⁹

En este sentido, dicha dimensión providencial se refiere a que Dios, después de crear al hombre, provee siempre de su felicidad. No se trata de un dios deísta, sino de un Creador interesado de que sus hijos sean felices en su Hijo.

3.2 Causa final de la felicidad

La felicidad en el pensamiento del Aquinate está relacionada estrechamente con la idea de fin último. El *telos* es la realidad última del hombre que por su condición creatural y por el buen uso de su libertad puede tener un final glorioso con Dios o un final triste sin Él. En otras palabras, la felicidad es una realidad última del hombre, a esta la llamaremos *bienaventuranza*, pero también es una realidad incoada en este mundo, la cual llamaremos *felicitas*. Afirma nuestro autor sobre la relación de bienaventuranza y fin último:

La bienaventuranza es el bien perfecto que calma totalmente el apetito, de lo contrario no sería fin último si aún quedara algo apetecible. Pero el objeto de la voluntad, que es el apetito humano, es el bien universal. Por eso está claro que sólo el bien universal puede calmar la voluntad del hombre. (...) Luego la bienaventuranza del hombre consiste en Dios solo.³⁰

El doctor angélico pone de relieve esta relación con Dios, es decir, se podría hablar de una triada en el presente trabajo: bienaventuranza, fin último y Dios. Así pues, el hombre tiende a un fin, un fin feliz y esto solo en Dios. En este sentido, Gilson afirma claramente dicha tensión humana:

Porque, en efecto, todas las criaturas, aun las desprovistas de intelecto, están ordenadas hacia Dios como hacia su último fin; y ya que todas las cosas alcanzan su fin último en la medida en que participan de su semejanza, es necesario que las criaturas inteligentes

²⁹ F. RODÉ, *Cristianismo y felicidad*, 135-144

³⁰ TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, I-II, q. 2, a.8

alcancen su fin de una manera peculiar a ellas (...). Por lo tanto, es inmediatamente evidente que el fin último de una criatura inteligente es conocer a Dios.³¹

Asimismo, se podría hablar de dos dimensiones de felicidad en cuanto el hombre llegue a su fin último, una objetiva y una formal. Bonnin asevera que existe una objetividad y una subjetividad en el hombre respecto a su felicidad:

La felicidad objetiva es el mismo bien que sacia de un modo adecuado el apetito racional. Y la felicidad formal es la unión inmediata del sujeto beatificado con el objeto beatificante. O, si se prefiere, la felicidad formal es aquella operación del alma por la cual el objeto beatificante se alcanza, se posee y se goza.³²

Vale decir que la felicidad en cuanto bienaventuranza está referida por un lado, a la conciencia de haber alcanzado dicha realidad (felicidad objetiva) y por otro, al deleite que esta produce en la totalidad del hombre (felicidad formal). Prosigue Gilson afirmando sobre estas dimensiones en la felicidad humana:

Todos los hombres desean efectivamente su fin último, cuya posesión representa para ellos el supremo grado de perfección y, en consecuencia, la bienaventuranza. Pero no corresponde a la voluntad la aprehensión de un fin. La voluntad se dirige hacia los fines ausentes al desearlos y, hacia los presentes, al complacerse y deleitarse en reposar en ellos. Mas resulta que desear un fin no es aprehenderlo, sino simplemente moverse hacia él.³³

El autor que más recopila sobre la doctrina tomasiana, Gilson, refiere comentando a nuestro autor, que la satisfacción de felicidad no es por un silogismo sino por su propia búsqueda, es decir, el corazón humano no cesa de moverse hacia ella. En efecto, postula Gilson:

Santo Tomás hace consistir la esencia de la bienaventuranza suprema en el acto esencialmente sobrenatural de la visión inmediata de la esencia divina, ya que por este acto tomamos posesión de Dios; el amor precede a esta posesión bajo la forma del deseo y la sigue bajo la forma del goce.³⁴

No está de más insistir que la bienaventuranza es una realidad última del hombre, que solo desde una perspectiva cristiana se podrá gozar en el cielo. El cardenal Rodé tiene

³¹ E. GILSON, *El tomismo. Introducción a la filosofía de Santo Tomás de Aquino*, 491

³² F. BONNIN, *El constitutivo de la felicidad según Sto. Tomás, S. Buenav. y F. Suárez*, 63-85

³³ E. GILSON, *ibíd.*, 494-495

³⁴ R. GARRIGOU - LAGRANGE, *La síntesis tomista*, 318

bien claro esta naturaleza final de la felicidad, fruto de la Sabiduría divina y no de la casualidad:

Si la realidad última fuera una energía ciega e impersonal que crea y destruye eternamente los seres, no serían en modo alguno posibles la alegría y el gozo en este mundo. Si yo mismo no fuese más que producto de una necesidad y de un azar, que nadie quiso, la alegría de vivir me sería siempre algo ajeno.³⁵

3.3 Bien común universal de la felicidad

Después de haber visto la causa primera y final de la felicidad, se debe mencionar el bien común universal de la misma. Se sabe que el hombre es el sujeto de la bienaventuranza. Esta comunión con Dios (*visio beatifica*), es participación también con los demás hombres de buena voluntad que alcancen la entrada al cielo.

Este tratado sobre el bien común universal o trascendente está bien detallado en Santiago Ramírez O.P., un fascinado tomista:

El bien común trascendente de la sociedad es el último fin de la misma y de las personas humanas que la constituyen, es decir, Dios mismo, causa primera y fin último objetivo de todas las cosas, esencialmente distinto de las criaturas e independiente de todas ellas.³⁶

Este autor dominico asevera que Dios es el fin último de todas las personas humanas. Se trata aquí de una comunión de personas, una “participación familiar” del único fin en común: Dios mismo. Así pues es necesario enfatizar que la Causa eficiente (Dios) es causa primera y ejemplar de la *beatitud*, mientras que los hombres son seres partícipes de dicha *beatitud*. Prosigue Ramírez:

Bien o fin común y universal en su función de causa final última, in finalizando; pero al mismo tiempo uno y único y personal en su razón íntima de ser infinitamente perfecto, in essendo. Dios es un ser uno y único y personal, esencialmente distinto del mundo y de cada una de sus partes; pero al mismo tiempo causa universalísima de todo y fin universalísimo y comunísimo de todo.³⁷

³⁵ F. RODÉ, *Cristianismo y felicidad*, 135-144

³⁶ S. RAMÍREZ, *Introducción a Santo Tomás de Aquino*, 28

³⁷ *Ibíd*, 29

Es preciso insistir que Dios es distinto de los seres creados y de cualquier parte de la misma creación. Asimismo, no es Bien o Fin común como una mera suma de personas, sino que por ser Principio de cada ser humano y Fin del mismo, es Fuente común de finalidad de toda la humanidad. Esto es parte del misterio que se terminará de comprender en la misma eternidad. Respecto a ello comenta Manzanedo:

Debemos afirmar que la felicidad humana consiste esencialmente en el conocimiento y el amor de Dios. Pero no olvidemos que ambas actividades deben ir acompañadas por el conocimiento y el amor a los seres creados, y especialmente a los seres humanos. Quien no ama las obras de Dios muestra no amar al mismo Dios.³⁸

Esta es la importancia de Dios como Bien común de toda la humanidad. Solo si el hombre está en comunión perfecta con Dios, lo podrá estar también con sus semejantes, y de esta manera *Dios será todo en todos*, en esta vida y en la futura.

³⁸ M. MANZANEDO, *La felicidad humana*, 411-433.

CONCLUSIONES

1. Santo Tomás de Aquino habla de dos tipos de felicidad: inmanente (que se goza en este mundo) y trascendente (*beatitudo o bienaventuranza* que se goza en la eternidad). Dichos tipos de felicidad para, el santo Doctor, radican solo en Dios.
2. Sobre la felicidad inmanente debe decirse que es imperfecta. Ya que el hombre desea intensamente una realidad infinita y esta es imposible hallarla en la presente vida. No obstante, este deseo de infinito si descansa solo en Dios puede ser anticipo o preguatación de la felicidad trascendente.
3. Desde siempre el hombre ha vivido decepcionado de la “felicidad” que el mundo o las criaturas le proponen. En este sentido, el corazón es el mejor aliado para verificar que dichas pseudo-felicidades (dinero, honor, fama, placer, moralismo, sufrimiento) no corresponden con el deseo de infinitud. Por ello, los hombres más honestos (los santos) han vivido y testimoniado que la felicidad más auténtica es la que Dios ofrece.
4. Sobre la felicidad trascendente debe decirse que es perfecta. Debido a que, el hombre participa, goza y tiene la visión beatífica en la misma eternidad. Esta felicidad es la meta final del hombre.
5. Se ha intentado proponer en el presente trabajo cinco dimensiones de felicidad: teleológica, ya que todo hombre tiende a un fin, pero este fin es ser feliz; gratuita, porque el simple hecho de desear la felicidad es un don divino que se debe pedir y agradecer; primigenia, porque la suscitación de felicidad en el hombre proviene de Dios; providencial, porque Dios después de crear al hombre no ha cesado de buscar la felicidad de sus hijos en su Hijo Jesucristo; y finalmente la dimensión universal de felicidad, ya que el hombre posee un constitutivo social donde tiende a una felicidad común en la sociedad y en la eternidad (Dios mismo)

SIGLAS Y ABREVIATURAS

<i>I-II</i>	<i>prima secundae</i>
<i>I Polit.</i>	<i>Libro primero de la “Política” de Aristóteles</i>
<i>V Metaphys.</i>	<i>Libro quinto de la “Metafísica” de Aristóteles</i>
<i>VII Ethic.</i>	<i>Libro séptimo de la “Ética” de Aristóteles</i>
<i>a.</i>	<i>articulus</i>
<i>BAC</i>	<i>Biblioteca de Autores Cristianos</i>
<i>Bienav.</i>	<i>Bienaventuranzas</i>
<i>Buenav</i>	<i>San Buenaventura</i>
<i>CC TOM</i>	<i>Ed. Ciencia Tomista</i>
<i>Com.</i>	<i>Comentarios</i>
<i>COFDESEM</i>	<i>Ed. Confederación de seminarios</i>
<i>Ed.</i>	<i>Editorial</i>
<i>EST ECLOS</i>	<i>Ed. Estudios eclesiásticos</i>
<i>Etc.</i>	<i>Etcétera</i>
<i>Ibid.</i>	<i>Lugar citado en la nota precedente</i>
<i>Sth.</i>	<i>Suma Teológica</i>
<i>q.</i>	<i>quaestio</i>

BIBLIOGRAFÍA

PRINCIPAL:

DE AQUINO, T., *Suma teológica*, I-II, q.1-5.

SECUNDARIA:

BONNIN, F., «El constitutivo de la felicidad según Sto. Tomás, S. Buenaventura y Francisco Suárez», *EST ECLOS* 46 (1971) 63-85.

CABODEVILLA, J., *Feria de Utopías. Estudio sobre la felicidad humana*, BAC, Madrid 1974.

CANAL, J., «La búsqueda de la felicidad», *COFDESEM*. Fascículo 8 (2004) 13-15.

COPLESTON, F., *El pensamiento de santo Tomás de Aquino*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México 1960.

DÍEZ, I., «Sobre la eudemonía o felicidad humana», *LA CIUDAD DE DIOS* 220 (2007) 353-380.

ESPEJA, J., «P. Ramírez. En la búsqueda de Dios», *CC TOM* 118 (1991) 369-380.

FERNANDEZ, M., «La felicidad según el Tostado», *STUDIUM* 40 (2000) 41-76.

GARRIGOU - LAGRANGE, R., *La síntesis tomista*, Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1946.

GILSON, E., *El tomismo. Introducción a la filosofía de santo Tomás de Aquino*, BAC, Buenos Aires 1941.

LARRAÑETA, R., *Una moral de felicidad*, Ed. San Esteban, Salamanca 1979.

MANSER, G., *La esencia del tomismo*, BAC, Madrid 1947.

MANZANEDO, M., «La felicidad humana», *STUDIUM* 36 (1996) 411-433.

SHEEN, F., *El camino de la felicidad*. Planeta, Barcelona 1955.

RAMIREZ, S., *Introducción a Santo Tomás de Aquino*, I.S. León XIII, Madrid 1975.

RODÉ, F., «Cristianismo y felicidad», *STUDIUM* 30 (1990) 135-144.

ROSSI, G., «Moral de la felicidad», *HUMANITAS* 50 (2008) 266-276.

TANTARDINI, G., *La humanidad de Cristo es nuestra felicidad. Meditación sobre la navidad*. 30días, Fidenza 2006.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN.....	3
-------------------	---

CAPÍTULO I: EL CONCEPTO DE FELICIDAD

1. La felicidad en la realidad temporal del hombre.....	4
2. La felicidad y “falsas felicidades”.....	6
2.1 Riquezas.....	6
2.2 Fama o gloria.....	7
2.3 Poder.....	8
2.4 Placer.....	9
2.5 Moralismo.....	11
2.6 Sufrimiento.....	12
3. La felicidad en la realidad final del hombre.....	13
3.1 Causa primera de la felicidad.....	16
3.2 Causa final de la felicidad.....	17
3.3 Bien común universal de la felicidad.....	19
Conclusiones.....	21
Siglas y abreviaturas.....	22
Bibliografía.....	23
ÍNDICE GENERAL	25